

de formar de aquellas flores un escogido ramillete: al fin vencieronle, y repitiéndolas de poseedores extraños, juntáronse en grandes volúmenes. Concebió con esto distribuir las en clases diversas, á que las nueve musas diesen sus nombres, y llevaba muy adelante la tarea por los años de 1632. Daban de sí las poesías tres copiosas colecciones: *Las musas; Obras varias de donaire, en verso; Sonetos morales, y traducciones de latinos y griegos.* Pero la esperanza, que alucina al hombre, de que jamás ha de faltarle tiempo en que realizar sus proyectadas empresas, malogró esta, postergándola á otras ocupaciones, á la publicacion de libros ya de antemano concluidos ó muy adelantados, ya más graves, ya de mayor interés y curiosidad política del momento. Vinieron en seguida negocios de gobierno, contiendas literarias, atenciones domésticas, persecuciones terribles, secuestro de papeles, y todo se combinó en contra de aquellas tan anheladas composiciones, cuyo destino era ser derrotadas y destruidas miseramente.

Viendo llegar nuestro caballero su fin á toda prisa, macerado el cuerpo con los dolores y mortales padecimientos, y postrado el espíritu con los trabajos y desengaños, cediendo á las exhortaciones del padre Tébar, de la Compañía, su confesor y grande amigo, hizo arrojar á las llamas sus poesías, con todos los manuscritos satíricos y de donaire. No fué de veinte partes una la que se salvó de aquellos versos<sup>1</sup>; y de estas ruinas y débiles despojos, tres años despues de la muerte del poeta, alzó digna fábrica don Jusepe Antonio Gonzalez de Salas, publicando, bajo el amparo del duque de Medinaceli, *El Parnaso español*, con adorno de preciosas estampas y un retrato, de la mano, y en alguna ocasion del buril, del Miguel Angel de nuestros pintores, Alonso Cano: primer digno monumento levantado á la memoria de varon tan insigne por un generoso Mecénas, un colector hábil y esmerado y un pintor incomparable. ¡Loor á don Jusepe Antonio, que en su tarea supo escoger de Persio esta divisa:

*Scire tuum nihil est, nisi te scire hoc sciat alter!*

Todos los tonos recorrió en su lira nuestro poeta, siendo en todos siempre filósofo, político y moralista. Perdidas sus comedias, es imposible conocer hoy si acertó á preparar, conducir y hacer interesante una accion dramática. No alcanzan á llenar este vacío diez entremeses (tres de los cuales aun no han visto la pública luz) y otros tantos preciosísimos bailes; porque el furor báquico, la holgura y licencia con que se improvisaban, los ponen fuera de las condiciones del arte. Recomendánsese por lo fácil y bien cortado del diálogo, rico en chistosas ocurrencias y agudos epigramas. Tienen comunmente algo de lo fantástico, y los caracteres verdad y conveniencia. Aprecio como los mejores entremeses *El marido fantasma* y *Los refranes del viejo celoso*.

En burlas y en veras hizo QUEVEDO resonar la épica trompa. Mostró en el poema *A Cristo resucitado* que sabia concebir un plan sencillo é interesante, valerse de los modelos de la antigüedad y aprovechar el raudal de su grande erudicion cristiana. El infierno está bosquejado con bizarría. Los padres del limbo hablan digna y propiamente; y cuando, rota la oscuridad, cortan el aire claro acompañando al Salvador triunfante, es bello y muy tierno que Adán salude al pasar la antigua patria, la tierra. ¡Lástima que ofusquen este y otros delicados rasgos, resabios sin cuento de mal gusto y un punible desaliño, que hace desmerecer toda la composicion! Moratin no

<sup>1</sup> *Preveniones al lector*, de don Jusepe Antonio de Salas, en *El Parnaso español*. Madrid, 1648. — *Censura* del

reverendo padre maestro Juan Manuel de Arguedas, de la compañía de Jesús, en la coleccion de Madrid de 1713.

desdeñó comenzar la suya á *La toma de Granada* con las mismas palabras que, imitando á Virgilio y al Taso, dan principio á la octava sexta del poema:

Era la noche, y el comun sosiego  
Los cuerpos desataba del cuidado....

En el poema de *Las necedades y locuras de Orlando el enamorado*, donde canta

Los embustes de Angélica y su amante,  
Niña buscona y doncellita andante,

sin que nada le pueda ir á la mano, disparata y delira QUEVEDO por cuenta propia, regocijada y donosísimamente. El desatino es su asunto, y su fin que el lector se desdarnille de risa con tanta novedad y gusto de enredos é invenciones, de imposibles que trae al retortero, de epítetos extravagantes y graciosos, de subidos y ridículos encarecimientos. Suenan un cuerno, por ejemplo, Ferragut, guerrero endemoniado, y

Espeluznóse el monte encina á encina;  
El sol dicen que dió diente con diente.

Cuando lo extremado de la sentencia parece que apura la hilaridad del lector, óyese esta demanda de boca de Ferragut:

Daca tu hermana ú daca la asadura;  
Escoge el que más quieres destes dacas.

Tal vez no tenga ninguna otra composicion en prosa ó verso donde más luzca el escritor su dominio y absoluto imperio en la lengua, y donde á sus intentos se la vea más presta, dócil y sumisa, propia y abundante, animada y pintoresca. A desperdicios de este rasgo épico debe *El murciélago alevoso*, del maestro Gonzalez, sus mayores aplausos. Un dolor es que no hubiese QUEVEDO escrito ménos sonetos amorosos, y más octavas, para concluir con mayor fama suya y deleite del público un poema tan en su cuerda y en su genio.

En sus epigramas y sonetos burlescos son una gran belleza la exageracion, la hiperbole, el retruécano y la metáfora, que tanto desairan al vate en sus obras serias. Véase en este soneto á *Apolo siguiendo á Dafne*:

Bermejazo platero de las cumbres,  
A cuya luz se espulga la canalla,  
La ninfa Dafne, que se afufa y calla,  
Si la quieres gozar, paga y no alumbres.  
Si quieres ahorrar de pesadumbres,  
Ojo del cielo, trata de compralla:  
En confites gastó Marte la malla,  
Y la espada en pasteles y en azumbres.  
Volvióse en bolsa Júpiter severo;  
Levantóse las faldas la doncella  
Por recogerle en lluvia de dinero:  
Astucia fué de alguna dueña estrella;  
Que de estrella sin dueña no lo infiero.  
Febo, pues eres sol, sírvete de ella.

Llena está de dignidad y decoro, de vivas descripciones, de movimiento dramático, de sentencias briosas y frases bizarras, su epístola en tercetos al Conde-Duque, instigándole á que, así como los trajes, reforme la educacion y viciadas costumbres de los españoles :

No he de callar, por más que con el dedo,  
Ya tocando la boca ó ya la frente,  
Silencio avises ó amenazas miedo.  
¿No ha de haber un espíritu valiente?  
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?  
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?  
Hoy sin miedo que libre escandalice  
Puede hablar el ingenio, asegurado  
De que mayor poder le atemorice.  
En otros siglos pudo ser pecado  
Severo estudio y la verdad desnuda,  
Y romper el silencio el bien bablado.  
Pues sepa quien lo niega y quien lo duda,  
Que es lengua la verdad de Dios severo,  
Y la lengua de Dios nunca fué muda.

Rica de gigantescas imágenes aparece la *Silva*, en que retrata á Roma dando leyes al mundo y peso al Océano. Llena de filosofía aquella otra en que anatematiza al codicioso de oro, advirtiéndole que la naturaleza,

Por dañoso y contrario á quien le estima  
Y por más escondernos sus lugares,  
Los montes le echó encima,  
Sus caminos borró con altos mares.

El escarmiento y desengaño de las vanidades del mundo (dice el señor Quintana), el elogio de la soledad y del retiro, no se han cantado jamas con el énfasis y solemnidad que presenta la canción :

Oh tú, que con dudosos pasos mides,  
Huésped fatal, del monte la alta frente....

Con rara y envidiable destreza habia de manejar un escritor popular el metro del pueblo, el romance. Susceptible de toda entonacion, desde la oda á la jácara, libre del empalago y traba de la rima, sonoro con la fuerza de los acentos, cadencioso con la blandura y delicadeza de la asonancia, aprovecha entera la inspiracion de un momento, y absorbe todo el espíritu del poeta. Las agudezas y los chistes no se despuntan; ni en la sátira y la burla desaparece la frescura y lozanía de una imaginacion hirviente. En manos de QUEVEDO préstase á realzar maravillosamente las galas de su ingenio, y salen en fin, entre el atavío de nuevas é ingeniosas locuciones, armados y perfectos los pensamientos, como Minerva de la cabeza de Júpiter. Aquí derramando tesoros de agudeza, chistes y sales irónicas, se halla QUEVEDO en su centro dominando, como el sol, la naturaleza entera.

En el romance que principia :

Desde esta Sierra-Morena,  
En donde, huyendo del siglo;  
Conventual de las jaras,  
Entre peñascos habito,

describe la corte y la aldea con tal novedad que enamoran.

Por acá Dios solo es grande,  
Porque todos nos medimos  
Con lo que tenemos de ser,  
Y así todos somos chicos.

Una boda y acompañamiento de frutas y legumbres; una vieja que busca en los muladares *los abuelos del papel*, *El rigor de las desdichas*, *Los cuatro animales fabulosos*, y los suspiros de un malavenido con las suegras, asuntos son de otros romances, donde lo bueno, lo chistoso y bello es tanto como las palabras.

Si graceja con Neron y el rey don Pedro, es para hacer, en son irónico de burlas, una valiente apología de este príncipe, tan difícil de apreciar justa y desapasionadamente :

Si á don Tello derribó,  
Fué porque se alzó don Tello;  
Y si mató á don Fadrique,  
Mucho le importó el hacerlo.  
De su muerte y de otras muchas  
Sabe las causas el cielo;  
Que aun fuera mayor castigo  
Si rompiera su silencio.

Cuando más enfrascado se oye al poeta en la jerigonza de la germanía, refiriendo los descabros y vicisitudes de la vida de un rufian, toma alto vuelo su inspiracion, aliviando con este magnífico arranque el peso de la cadena :

Todo este mundo es prisiones,  
Todo es cárcel y penar :  
Los dineros están presos  
En la bolsa donde están.  
La cuba es cárcel del vino,  
La trox es cárcel del pan;  
La cáscara, de las frutas;  
Y la espina, del rosal:  
Las cercas y las murallas  
Cárcel son de la ciudad,  
El cuerpo es cárcel del alma,  
Y de la tierra la mar.  
Del mar es cárcel la orilla,  
Y en el órden que hoy están,  
Es un cielo, de otro cielo,  
Una cárcel de cristal.

¡Qué verdad, qué viveza y qué fuego no admira en la pendencia de los bravos y matones,

Hubo mientes como el puño,  
Hubo puño como el mientes,  
Granizo de sombrerazos  
Y diluvio de cachetes!

¡Qué conocimiento y estudio del corazón y de la sociedad revela el retrato de una cortesana ociosa, asunto del romance

A la jineta sentada  
Sobre un bajo taburete!...

¿Qué caricatura es comparable con la que encierran estos versos :

Dame nuevas de tu tía,  
Aquella águila imperial,  
Que asida de los escudos  
En todas partes está;  
Toda pico y uñas toda,  
Pues para haber de volar,  
De mi caudal hizo plumas,  
Por ser águila caudal?

Pero no es tiempo ahora de detenernos más en un exámen que debe hacerse con oportunidad y holgura en el tomo III de la presente publicación.

En el desenfadado, en las sales picarescas y en el donaire picante de las letrillas se identifican Góngora y QUEVEDO; no dan paz á médicos y letrados, á la buscona, al marido fácil, al caballero de industria, al viejo que se pinta, á los embelesos de las mujeres.

De estos romances y letrillas dice por último el respetable señor Quintana, que han divertido y divertirán al mundo mientras dure nuestra lengua, manejada en ellos con un conocimiento y una destreza que admiran, confunden y desesperan.

Enemigo de revisar y pulir, poco esmerado, falto de calma, resuelto siempre á romper trabas y arrollar los embarazos que se le opusiesen en su camino, QUEVEDO carecía de las dotes, depurado gusto y exquisito esmero que son necesarios para que no parezcan las versiones tapices vueltos del revés, y se acerquen al valor del original. Tradujo en versos fáciles y numerosos á *Anacreonte*, aunque separándose ménos del espíritu que de la expresión del lírico de Teyo. En la versión de *Epicteto* es desaliñado y prosáico; pero en la de *Focílides* se levanta con inspiración verdadera. Más feliz es siempre que engalana sus composiciones con sentencias sueltas de los poetas hebreos, de Epicuro, Marcial, Persio, Juvenal y Catulo, ó hace de ellas germinar un buen epigrama, una buena oda, una excelente sátira. Bebiendo á Juvenal el espíritu, en la *del matrimonio* le superó en estro, malicia, viveza, hermosura y gala de versificación.

Vemos, por lo dicho hasta aquí, unidos natural, estudios, hados y fortuna, para formar un varón de quien no puede olvidarse un momento la historia política y literaria de la época. Hállale encaminando, en el seno íntimo de la amistad, los intentos

y empresas del célebre virey de Nápoles, duque de Osuna, ya rompa toda la armada de los turcos, ya acorrale tanto pirata, ya avergüence á los venecianos y les dispute el absoluto dominio que pretendían tener en el Adriático. Mirale haciendo vacilar y caer el desastroso valimiento del conde-duque de Olivares. En él tienen las ciencias sagradas, morales y políticas un atleta para luchar contra la superstición y la herejía, contra la corrupción y el maquiavelismo. Contéplasele fatigando en prolongar, con Juan Jacobo Chifflet, Vicente Mariner y Justo Lipsio, el siglo de oro de las letras, en la regeneración de los estudios y en la ilustración de los autores clásicos. Juntamente con Pedro de Valencia, Francisco de Cascales, Lope y Jáuregui, defiende la entereza y buen lustre de nuestra lengua, y desconcierta la audacia del culteranismo, que se abroquelaba en el gusto de Italia y se sostenía por la escuela de Córdoba. Llama al buen sendero á la juventud, estragada con el pestífero ejemplo de Góngora, dándole modelos para su estudio en la gravedad y magnificencia de las obras poéticas de fray Luis de León, del ignorado Francisco de la Torre y del maestro Francisco Sánchez de las Brozas, sacándolas del polvo y del olvido. El teatro se regocija y alborota con sus bailes y jácaras. En los romances vulgares, que habían subido de punto y levantado á una perfección extrema el canónigo Juan de Salinas, Lope y Góngora, desenvuelve lo exquisito y lo íntimo, abriendo nuevos caminos de perfección. Formado en la era más floreciente del lenguaje castellano, cuando al nervio y eficacia de su majestuosa dición añadieron número, dulzura y armonía Antonio Pérez, los padres fray Luis de León, Sigüenza y Marqués, y el inmortal autor del *Quijote*, — escribe con felicidad indecible; todo se lo halla dicho; y en su pluma aparece como por encanto la fórmula más propia, gráfica y pintoresca de significar una idea con la vehemencia y atavío que la concibió el entendimiento. Ejerciendo mero mixto imperio sobre el idioma nativo, echa mano del inagotable tesoro de las palabras, frases y modismos del pueblo, facilitando la expresión de los afectos, y ensanchando de este modo el caudal impreso de la lengua española. No hay obra suya que no camine á un gran objeto, y donde no se vea siempre algo nuevo y galante. En una palabra, entrelaza su nombre con los de Mariana, Cervantes y Lope de Vega, cuatro soles que, al nacer el siglo XVII, contempló desvaneciendo las rezagadas sombras de la barbarie, esplendorando la hermosura de la verdad, y llenando de seductor hechizo los movimientos del corazón y la fantasía.

QUEVEDO tiene grandes defectos, como extremados primores: grande en todo, sus yerros son como los yerros del entendido. Estos mismos quilatan sus soberanías y grandezas:

*Aequalis liber est, Critice, qui malus est.*

(Mart., lib. 7, epist. 89.)

*Vicios capitales.* — No puede perdonársele nunca la falta de plan, de proporción en los miembros, y de método en la expresión de las ideas, que hace desmerecer muchas de sus obras, y especialmente aquellas donde es indispensable el buen orden y concierto. Fatiga y aburre con la erudición demasiada que empiedra sus escritos; y desconoce el arte de labrar, exprimiendo diversas flores, panal de blancas y riquísimas mieles. ¡Oh, si hubiera, como Cervantes, sabido parecer poltron y perezoso de andarse buscando autores que dijese lo que él se sabía decir bizarramente sin ellos!